

ADRIAN RECINOS, AMIGO DE MEXICO

Adrián Recinos fue un prominente abogado, que dedicó gran parte de su tiempo a estudiar, con devoción y cariño, las costumbres y los antecedentes de las razas aborígenes de Guatemala. Le interesaron, sobre todo, los indios de Huehuetenango y de Momostenango, pertenecientes a la región en que él nació. Este ilustre guatemalteco sirvió a su país como Ministro de Relaciones y como Embajador en los Estados Unidos y en España.

Le tuve simpatía porque pude advertir en él un gran cariño por México.

En un artículo anterior, publicado en febrero de 1962, recordé al licenciado Adrián Recinos, prominente hombre de Guatemala, como uno de los buenos amigos que México ha tenido en nuestra vecina república del sur. Nunca imaginé que en menos de un mes después tan esclarecido varón fuese a pagar su tributo a la madre tierra. A su sepelio acudieron particulares y elementos oficiales, encabezados por el Presidente, general Miguel Ydígoras Fuentes. Se decretaron tres días de luto nacional por la muerte de este hombre ilustre que sirvió a su patria con entusiasmo, eficiencia y desinterés. Durante mi visita a Recinos, en su casa de Guatemala, el 10 de febrero del mismo año, no advertí en él síntomas de enfermedad. Al contrario, lo encontré de buen semblante, sereno y optimista y con proyectos para realizar próximamente un viaje a México. Quedamos de vernos en esta capital. Tuvo que ser un mal del corazón el que se lo llevó a la tumba.

Mi amistad con Adrián Recinos venía desde un pretérito remoto. Lo conocí al ir a presentar mis credenciales como ministro de México. Entonces él era ministro de Relaciones en el gabinete del Presidente José María Orellana. Dije antes, y lo repito ahora, que Orellana fue uno de los mandatarios de Guatemala que más quiso a nuestro país. La forma en que resolvió los asuntos que se presentaron durante mi gestión allá, puso de manifiesto la buena voluntad

y la simpatía que Orellana tuvo para México. En esa labor contamos, además, con el interés y la capacidad del ministro de Relaciones. El licenciado Recinos facilitó todos los trámites para que las relaciones entre nuestros dos países fueran amistosas y cordiales. En prueba de esa labor inteligente de Recinos, voy a referir un incidente que se nos presentó en aquellos días.

El gobierno de Orellana tenía pocos enemigos. Entre ellos se contaban los miembros de la Federación Obrera Unionista. Una tarde, en los momentos en que se abría la puerta de la Legación de México, penetró precipitadamente un obrero, quien pidió hablar conmigo.

—La policía me persigue —dijo—. Si ustedes me arrojan a la calle, seré muerto en seguida.

—No tenga cuidado —le respondí—. Ya está usted en México.

Y al trabajador aquel, como era afecto a los libros, lo comisioné para que arreglara nuestra biblioteca.

El ministro de la Guerra, general Jorge Ubico, quería a toda costa que le entregásemos aquel refugiado y, naturalmente, me opuse. Ubico pedía que lo lleváramos a cualquier lugar de la República, para encargarse de él inmediatamente. Yo le respondía:

—Ese señor ya está en México. Olvídense de él.

Mientras tanto, por conducto del ministro Recinos, hacíamos gestiones para que se nos permitiera sacar al líder obrero hacia México. Recinos pidió un plazo para acceder a nuestra petición. Ubico continuaba vigilando la casa de México; pero poco a poco fue perdiendo las esperanzas de hacerse del fugitivo. Por fin, al cabo de tres meses, el señor Recinos me comunicó:

—Ya pueden llevarse al refugiado.

Llamé entonces al cónsul de México en Ayutla y lo comisioné para que trajera al obrero hasta nuestra frontera, poniéndolo libre en la población de Suchiate, en el Estado de Chiapas.

*
* *

Pocos años después encontré a Recinos en Wáshington, donde desempeñaba el cargo de embajador de Guatemala. Nuestra entrevista fue muy cordial y fui su huésped, cuando me invitó a un almuerzo en su residencia. Posteriormente supe que desempeñó otros puestos diplomáticos en el extranjero y que la última emba-

jada que tuvo a su cargo fue la de España, donde representó a Guatemala durante tres años. Recinos fue, además, profesor en la Universidad de San Carlos, en su país. Se dedicó a la investigación histórica y se estimaron mucho sus estudios como etnólogo y antropólogo. Nacido en una región en que predomina la población indígena, con acuciosidad y cariño se dedicó a estudiar las razas aborígenes del occidente de Guatemala, y publicó libros y folletos sobre la cultura maya y quiché en Huehuetenango y Momostenango. Sus trabajos en esta materia lo pusieron en relación con los principales indigenistas de México, entre ellos Mendizábal, Gamio, Rojas González y Alfonso Caso. El licenciado Recinos perteneció a un grupo de estudiosos que enaltecieron a Guatemala en los últimos tiempos. Entre otros figuraron don Vicente Martínez, historiador, y los jurisconsultos Carlos Salazar, Manuel Valladares y José Matos, este último, autor de un libro de Derecho Internacional que ha servido como texto en la Universidad de México.

Mi última visita al licenciado Recinos, en su casa de la quinta avenida de Guatemala, parecía que iba a reverdecer nuestra amistad, iniciándose una nueva etapa de trato y de correspondencia. Apenas pudimos cruzarnos las primeras cartas y él se ha ido ya sin realizar el viaje a México que preparaba. No puedo imaginar cómo habrá quedado doña María, la abnegada esposa y compañera constante de Recinos, a quien saludé con gran respeto y simpatía la última vez que vi al eminente hombre de Guatemala.

*
* *

No resisto a la idea de transcribir algunos párrafos de la carta que el licenciado Recinos me escribió el 21 de febrero, pocos días antes de su muerte:

“Agradezco a usted sus líneas del día 17 y el recorte de *Excelsior* que contiene sus impresiones de Guatemala y los recuerdos del tiempo en que tuvimos el gusto de tenerlo como representante de México. Su lectura me ha causado mucho placer y le agradezco especialmente el envío.

“Pablo Campos Ortiz me escribió también, diciéndome que usted había tenido la bondad de transmitirle nuestro saludo y enviándonos sus recuerdos y los de su esposa, ambos muy queridos amigos nuestros.

“Vea usted cómo, por pura simpatía, sigue usted trabajando

en la grata misión de mantener y estrechar las amistades entre nuestros países. Para mi esposa y para mí fue mucho gusto saludar a usted y de nuevo le agradecemos su simpática visita. Cuando vayamos a México se la corresponderemos con especial placer”.

Esta fue la última noticia directa que recibí de Recinos, poco antes de su partida definitiva. En los renglones que he copiado de su carta se advierte una gran cordialidad y el interés que el hombre tenía por que las relaciones entre nuestros pueblos fuesen amistosas y estrechas.

Es significativo el hecho de que al estudiar a los indios de su país, Adrián Recinos haya aumentado sus simpatías por México. Nuestra historia precortesiana es la misma. Los mayas fueron a establecerse en importantes regiones de Guatemala y de Honduras, y los aztecas llegaron a colonizar hasta algunos lugares de Nicaragua. Pedro de Alvarado combatió e hizo sus fechorías en México y en Guatemala. Las musicales notas de la marimba nacieron allende y aquende el Suchiate.

Guatemala acaba de perder en Adrián Recinos a uno de los hombres que mejor cumplían su papel en la vida, que honraba a su patria y luchaba por lograr un mejor entendimiento entre los pueblos hermanos de América. En México conservaremos su recuerdo con beneplácito, porque sabemos lo que quiso y sirvió a nuestro país. Hagamos votos por que su conducta sirva de ejemplo y estímulo a los hombres de aquí y de allá, que se esfuerzan por que haya siempre un buen entendimiento recíproco entre México y Guatemala, naciones unidas por la historia y la geografía.